



LOS TESOROS DE FLOTAS Y GALEONES LLEGADOS DE LAS INDIAS

Por Felipe Ruiz Martín

Los españoles que después de 1492 se encuentran con un Nuevo Continente lleno de posibilidades que aprovechar, tienen preferencias marcadas, casi obsesivas, por el hallazgo o la captura de metales preciosos

CONFORME avanzaba la segunda mitad del siglo XV, la madurez de Europa del Oeste —no sólo material y culturalmente— iba agravando su viejo y eterno problema, la insuficiencia de numerario, de dinero contante y sonante, el medio corriente de pago de aquello que se necesita adquirir. El oro que se traía del Sudán era un pequeño alivio para aquella carencia, igual que la plata extraída de los yacimientos del Sur de Alemania y de Hungría. Entre mercaderes se remedaba la penuria acudiendo al juego de escrituras para compensar deudas y créditos recíprocos. No era bastante. Por eso los españoles que después de 1492 se encuentran con un Nuevo Continente lleno de posibilidades que aprovechar, tienen preferencias marcadas, casi obsesivas, por el hallazgo o la captura de metales preciosos. Ya Colón se dejó llevar por esa inclinación; todavía más los conquistadores. Ciertamente, el oro al principio, luego en los siglos XVI y XVII la plata, y otra vez el oro en el siglo XVIII, fueron las contribuciones más patentes de América a que el progreso ininterrumpido de la que llamamos Civilización Occidental, que no cesó nunca de transformarse y de avanzar en una determinada dirección. Le fue posible acelerar su ritmo a una velocidad que no había tenido antes y plantearse en los umbrales de la Industrialización, esa «revolución» irreversible de la que han partido los formidables cambios sucesivos que asombran y en cierto modo des-

conciertan al hombre de hoy, no sabiendo donde va a ir o le llevan.

La plata de Potosí y de Méjico, tanto o más que el oro del Brasil, fueron combustibles esenciales para mantener en marcha el motor que condujo a Europa de la Edad Media a la Modernidad, el Renacimiento a la Ilustración, pasando por esa etapa crítica, cuyo contenido no acaba de ser desenredado cumplidamente, y que conocemos difusamente con el apelativo de *El Barroco*. Fueron de gran importancia aquellos metales, aunque de su uso no resultasen los más beneficiados en sí mismos los hombres y los territorios que, de un lado, los guardaban en sus entrañas y, de otro lado, quienes los extrayeron y depuraron, acuñándolos a continuación, malbaratándolos ulteriormente. Sería absurdo afirmar que aquella riqueza no les deparó a ellos alguna ventaja y que fueron inútiles esfuerzos y sacrificios, considerando que la plata de Potosí y de México, como el oro del Brasil, terminarían yendo a parar al Asia Oriental, donde se enterraron.

La plata antes que el oro

Punto primero a aclarar es la cantidad de plata y de oro sacado de América y la cronología puntual. Inicialmente la plata, insístese, tras comprobar temprano los buscadores, (1530) que las arenas auríferas de los ríos que al principio les atraje-



Comercio con América.
Grabado de finales del s.
XVI

Así pues, la edad de la plata no dura cien años, sino doscientos, y continúa teniendo relevancia más tarde a pesar de la irrupción del oro que se descubre abundante en Minas Gerais del Brasil desde 1690-1700

ron, carecían de interés para el porvenir. No así las minas argénteas que se descubren tanto en Potosí como en México hacia 1545-1546 y no dejarán de dar rendimientos ubérrimos –al presente consta con aceptable certeza– hasta fines del siglo XVII, y no como se creía antes hasta fines del siglo XVI. Durante el siglo XVII se obtuvo más plata de México y del Potosí que en el siglo XVI. Así pues, la edad de la plata no dura cien años, sino doscientos, y continúa teniendo relevancia más tarde a pesar de la irrupción del oro que se descubre abundante en *Minas Gerais* del Brasil desde 1690-1700, consiguiéndose hacia 1620 los más pingües beneficios durante los doscientos años de la edad

de la plata el stock de ese metal, pálido mejor que blanco que pasa a Europa, se multiplica, aunque constantemente está fluyendo: entra principalmente, aunque no con exclusividad ni mucho menos, en el transcurso de todo el siglo XVII –el siglo XVI es otra historia–, por Sevilla o Cádiz, a razón de unas 165 toneladas cada ejercicio; sale de Amsterdam y de Londres en las expediciones de la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales o de la *East India Company*.

El oro en el trancurso del siglo XVI y del XVII casi desaparece de la circulación; hay algún residuo de «escudos» pero muy corto. Lo que priva por doquier son los «reales» castellanos, y dentro del



tamaño o tipo de las piezas que los contienen, pequeñas, medianas y grandes, hay una, el «real de a ocho», el «duro», que se hace universal. Si por 1608 en Génova –y Génova es a la sazón el polo o epicentro financiero de ese conjunto desgarrado políticamente, no financieramente, que es la Cristiandad– se abre un banco privado que solo opera con reales de a ocho, es por algo. Resulta que en las «escalas» de Levante en el Mediterráneo, como en los puertos o los mercados rusos del Báltico o los de la China y el Japón, como mejor se abren es a requerimiento de esos reales de a ocho. La moneda penetra con la máxima facilidad hasta el fondo de los espacios que están detrás, en la retroterra: ¿No es el duro el modelo que en peso y ley adopta el dólar de los Estados Unidos, bien que el nombre lo tome del taler germano?

Lo que priva por doquier son los «reales» castellanos, y dentro del tamaño o tipo de las piezas que los contienen, pequeñas, medianas y grandes, hay una, el «real de a ocho», el «duro», que se hace universal

Los albores del capitalismo

Vamos a revisar las etapas que recorre la plata, trabajosamente obtenida en el Potosí o en México. En esos yacimientos las venas están muy hondas, y allí, al pie, en la boca, se depura el mineral por el método del brasero o, desde 1559-1562 en México desde 1570-1572 en el Potosí, por amalgama con azogue, y se conduce hasta el centro administrativo más próximo para ser envasado, trasladándose a continuación a las Antillas –salvo la necesaria para los costes de organización de las colonias–, a fin de transportarla por el Atlántico hasta Sevilla o Cádiz, en convoyes bien protegidos contra los piratas y corsarios que los acechan.

En los reinos de Castilla se retiene la plata más tiempo del que se suele suponer, hasta 1552 casi en su integridad. Más tarde, sí, ciertamente es sacada, y se distribuye por Europa, a la que inunda. Es verdad esa dispersión, esa sangría calculada y sistemática de los reinos de Castilla, cuando estaban separados por una aduana rígida de Aragón, Cataluña y Valencia, de Navarra y de Vascongadas y por supuesto de Portugal y de Francia, en tanto que las costas son severamente vigiladas para evitar fugas. Pero los envíos se hacen, ineludiblemente con licencia del rey, a porfía aunque con orden, y si no es fácil conocer las cifras exactas, las partidas se pueden agrupar por destinos.

De 1552 a 1620 van a embarcarse en Cataluña, Valencia, Alicante o Cartagena, rumbo a Italia, al Norte de Italia, más que a Roma, Nápoles o Sicilia. De 1630 a 1647 se dirigen a Inglaterra; de 1648 a 1672 a las Provincias Unidas, en especial a Holanda;

de 1672 en adelante, a Francia. Por donde pasa la plata hispanoamericana, o con más exactitud americanohispana, contribuye el que se asome a la escena una criatura llamada a tener dimensiones colosales: nada menos que «el capitalismo». Efectos y causa son indiscutibles en la trabazón.

Los albores del capitalismo, proclamó Marx, se encuentran en el siglo XVI. Ya en los reinos de Castilla se descubren manifestaciones inequívocas de pequeño capitalismo en las décadas de 1550 y 1560, las cuales por motivos que aquí se soslayan pero que empiezan a ser conocidos, no cuajaron en gran capitalismo. Pero fuera de los reinos de Castilla, con la plata hispanoamericana, americanohispana, sí que hubo gran capitalismo. Precursora de ese gran capitalismo es la banca genovesa entre 1566 y 1617; otro antecedente más claro, aunque más distante, el *entrepôt*, que tiene su reducto en Amsterdam y



Idolillo de oro. Tesoro de los Quimbaya. Colombia. Museo de América, Madrid.

cuyos tentáculos –barcos, fletes, seguros, agentes comerciales– surcan el Báltico, el Mediterráneo, navegan por el Atlántico a las Antillas y hacen intentos de fijación en el Brasil. Por otra ruta, doblando el Cabo de Buena Esperanza y ascendiendo por el Indico, recalcan en los archipiélagos y en las costas de China, India y Japón.

La enseña pecuniaria invariable de los holandeses en el real de a ocho proveniente de las cecas de los virreinos de México y del Perú o de una de las ocho instaladas en los reinos de Castilla, las de Segovia, Toledo y Sevilla destacando, o siendo imitación de ellos –los indígenas conocían nada más verlos los auténticos reales de a ocho y los diferenciaban de los reales de a ocho espúreos, por lo que no se dejaban engañar. Los catálogos de las colecciones numismáticas más famosas del mundo, están poniendo de relieve la gran capacidad de convocatoria –digámoslo así– de que disfrutaron los reales de a ocho teniendo en cuenta que aparecen en los lugares más remotos.

Destaca el empuje del gran capitalismo inglés que paso a paso se desenvuelve –no obstante las crisis cíclicas– y consigue la plenitud sin necesidad de aquel espectacular despegue (take-off de los aviones que emprenden el vuelo) que brillantemente expuso por 1959 W. W. Rostow y tanta aceptación tuvo entre los historiadores que se afanaban por encontrar el punto de unión entre la era preindustrial con la era postindustrial. Al profundizar después en el análisis, resultó que no hubo ruptura, pudiéndose demostrar la continuidad. Inglaterra se adelantó evidentemente unos pocos lustros, pero apoyándose en hazañas pretéritas, no pocas de éstas, por añadidura, ajenas.

De los dominios de Portugal viene el oro, en el que desde la reforma de 1696, se insinúa el patrón oro británico. España y sus posesiones también aportaron su contribución al éxito, que no se hubiera coronado cuando se hizo sin los avances que el orbe registró cuando los reales de a ocho marcaron la pauta.

Pecunia belli

Los soldados mercenarios de los Habsburgo cobraban sus estipendios –tarde, pero a la postre sin demasiada mengua– en argenteos reales desde que fueron insuficientes los escudos áureos que rodaban de aquí para allá, lo cual acaeció más o menos entre 1585 y 1605. Los paganos de esos caudales fueron los reinos de Castilla, de donde

salieron unas cantidades tan fabulosas, que da vértigo comprobar.

Pero con independencia de que la lucha por un ideario aunque sea utópico, nunca es estéril, aunque termine en derrota, aquellas ingentes sumas que se gastaron en los numerosos conflictos bélicos, no se consumieron en vano. Si a la guerra y el progreso de Werner Sombart replicó John U. Nef con un canto a lo que la paz estimula, permanecen las dudas sobre cómo realmente ocurrieron las cosas, a pesar de los estragos de las guerras. En el campo de batalla más constante y duradero de la Edad Moderna, que fueron los Países Bajos meridionales, bastó una concordia breve, de 1609-1621, para que brotase tal esplendor en las manufacturas textiles. Así, uno de los motivos, al acabarse los doce años de la tregua concertada, de no prolongarla y de reanudarse las hostilidades, fue la presión de los núcleos pañeros de las Provincias Unidas que preferían los horrores militares a la competencia.

América y el mundo oriental

Una última consideración: se ha atribuido a Oriente el papel de cementerio ineludible de los óbolos en que Occidente cifraba su creatividad a duras penas conseguida, y no fueron excepción los acuñados con la plata del Potosí y de México, en superior medida que el posterior oro del Brasil. Occidente no fue capaz de ofrecer a Oriente una compensación que pudiera equilibrar lo obtenido en aquellas tierras de modo que su balance de intercambios fue deficitario... Hasta la Revolución Industrial, en que se vuelven las tornas. Mas lo poco y mal que conocemos de aquellas remotas civilizaciones denota que su pasado si no se movió con la celeridad del nuestro, tampoco estuvo en absoluta quietud. Los contactos externos indujeron a aquellos pueblos a apresurar su lenta evolución, predisponiéndolos a desempeñar el equilibrio en lo universal que están jugando. Un equilibrio que hubiera sido imposible de lograr y que les ha llevado a estar presentes en esa realidad que integra la Actualidad, con mayúscula, y que si no es un dechado de perfección, se aleja menos del mito utópico de lo que jamás ha estado. En la trayectoria de ese proceso incomparable, fue importante, decisivo, un hito, lo que los ibéricos hicieron en América. El trasiego de la plata y del oro que transportaron es testimonio elocuente. ■

Felipe Ruiz Martín es miembro de la Real Academia de la Historia.

En los reinos de Castilla se descubren manifestaciones inequívocas de pequeño capitalismo en las décadas de 1550 y 1560

Los soldados mercenarios de los Habsburgo cobraban sus estipendios –tarde, pero a la postre sin demasiada mengua– en argenteos reales desde que fueron insuficientes los escudos áureos que rodaban de aquí para allá